

Galilea, el mar Muerto, el Valle del Jordán, el Carmelo y el Hermón. En ellos se figura el viajero ver á Moisés fijando su mirada, con gozo y pesar á la vez, en aquella tan deseada tierra, que sus pies no deben pisar disponiéndose á bajar resignado á una tumba de país extranjero y enemigo.

Otro varón ilustre, proclamado por la Verdad misma *el más grande entre los hijos de los hombres*, San Juan Bautista, murió al pie del Djebel-Aturus, decapitado por orden de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea. El Bautista lleno del espíritu de Dios y del más ardiente celo por su gloria, destinado á preparar los caminos del Señor, que son caminos rectos de la justicia, no vacila ni ante la avalancha de las turbas ni en presencia de la majestad de los reyes para vengar la equidad y la virtud ultrajadas. Los días de su predicación nos han manifestado lo primero; las circunstancias de su muerte nos demuestran lo segundo.

Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo de Herodes Ascalonita de aquel Herodes cruel que ensangrentó bárbaramente su espada en millares de víctimas inocentes sacrificadas á sus temores, ocupaba el trono de Judea sin más derecho que la violencia y las tramas de su padre favorecidas de los romanos. Su espíritu relajado, su condición sanguinaria, su genio despótico enemigo de todo yugo y de toda ley, formaban un monstruo de la humanidad lleno de todos los vicios. Su pasión dominante era una pasión bastarda, un apetito lascivo, una propensión violenta y desenfrenada hacia el otro sexo, que no es menester nombrarla para concebir su horror y su delito. Su soberanía, su poder, su majestad y sus riquezas le abrían paso franco al logro de sus deseos, sin que hubiese víctima reservada para el torpe sacrificio de su lujuria; pero este vicio cuanto tiene de tirano tanto tiene de caprichoso, dió en amar con desenfreno á la misma mujer de su hermano Filipo con tal publicidad y desvergüenza, que ofendían los ojos más recatados, y escandalizaba á todo el pueblo. Dios nos libre que un hombre especialmente poderoso, rompa el freno del pudor; que ya no hay barreras al impetu de sus locuras. Filipo era uno de aquellos hombres tímidos y apocados, que vió arrancar de su seno á su propia esposa, y sin tener valor de repeler las violencias de su hermano, ahogaba en el silencio su dolor y su amargura. Herodías su mujer era semejante á Herodes en el nombre y en los hechos, imperiosa, desenvuelta, descarada y más gustaba de un amante adúltero, osado y atrevido, que de un marido legítimo, benigno y bondadoso. ¡Qué escándalo para el pueblo bajo un amancebamiento público en personas de esta clase! En medio de este comercio incestuoso mantenía Herodes ¡quién lo creyera! estrecha

amistad con el Bautismo, había formado un alto concepto de Juan, le oía con sumo gusto, y honraba su persona con mil demostraciones y elogios. No había para Herodes empeño más poderoso que el Bautista, ni cosa de mayor complacencia que escuchar los discursos del sagrado Precursor lleno de unción y de espíritu; y como las invectivas de nuestro Santo no habían tocado hasta entonces directamente á su persona, las celebraba como donaires y gracias. ¡Triste condición de la humana flaqueza! Todos gustan que se corrija á los otros y nadie quiere recibir la corrección en sí mismo. Pero vive Dios, que Juan, este ministro fiel, este profeta incorrupto, este predicador integérrimo no conocerá los respetos humanos, ni hará acepción de personas. El ha venido al mundo á predicar el bautismo de la penitencia, á exterminar los desórdenes y los abusos, á intimar la ley del candor y de la pureza sin distinción de clases ni de condiciones, y por lo mismo hasta la persona del monarca tocará con su barra de hierro, y la quebrantaré como un vaso de barro.

¡A qué riesgos no está expuesto un soberano tiranizado de sus pasiones! ¿Quién tendrá ánimo para argüir sus extravíos y sus excesos? Cuantos aduladores cercan su persona, otros tantos enemigos conspiran á su ruina. Lo que decían á Amós los áulicos de Jeroboam, dirían seguramente á Juan Bautista los políticos de Herodes: «Hombre de Dios, retírate de palacio, no vengas en tono declamatorio, no despegues tus labios en desdoro del príncipe; que este Señor delicado no quiere que le toquen un hilo de la ropa, ni que le interrumpen el sueño en que está gustosamente dormido.» Política mundana, reprobada en el consejo de Dios de esta artificiosa y diabólica astucia. Su celo no le permite andar con contemplaciones ni con melindres: á su corazón no le intimida el cetro, ni sus ojos se deslumbran con el resplandor de la diadema. ¿Quién sino un hombre como Juan era capaz de oponerse á los desórdenes de un príncipe como Herodes? Pero Juan se le opone como un muro de bronce, y dice claramente al rey que no le era lícito tomar por mujer á la que era su cuñada: *Non licet tibi habere uxorem fratris tui*. ¡Pobre Bautista! ¿Qué has dicho? Bien caro te costará el desengaño: no se venden las verdades á bajo precio: la reprensión de los grandes á cara descubierta, si es efecto del celo y de la intrepidez, también suele ser causa de incurrir en su indignación y su desgracia. Juan, el impertérrito Juan, no disimula los delitos del príncipe, y con una libertad generosa le arguye por su infame concubinato; y vedle al punto aborrecido de Herodes y de toda la corte, puesto en prisiones crueles, atado con grillos y cadenas, tratado como

un famoso delincuente, metido en una cárcel indigna sin más delitos que su inocencia. La persecución del hombre justo la encendía una oculta mano; las furias infernales se habían ya desatado; la tempestad crecía, y el bajel de la gracia estaba para anegarse. Hablemos sin figuras: Herodías, la infame y cruel Herodías que aborrecía de muerte al censor de sus torpezas, no desperdició ocasión para acabar de perderle. ¡De qué horrores no es capaz un amor mundano y ciego cuando halla embarazos al logro de sus deseos! El pasaje es bien sabido, y le referiremos literalmente como lo refiere San Marcos.

Celebró Herodes los días de su nacimiento con pompa y magnificencia real, convidando toda la grandeza á los saraos y festines, y una hija de la malvada Herodías danzó con tal aire y gentileza, que prendó el ánimo del monarca, quien le ofreció cuanto pudiese, aunque fuera la mitad de su reino. ¿Qué pedirá esta muchacha? ¿Por ventura algún matrimonio honroso según la condición de su clase? ¿Acaso algunos dijes, aderezos y joyas conforme al gusto de su sexo? Nada menos. La desenvuelta joven se informa de la maldita madre, y ésta no tiene vergüenza de sugerirla que pida la cabeza de Bautista. ¡Qué atentado! ¡Qué atrocidad! Herodes se turbó á semejante demanda; si fué con ánimo serio apesarado de su facilidad ó si fué por trama y colisión artificiosa urdida de antemano, no es fácil penetrarlo: lo cierto es que un amor irritado, cubierto con el velo del juramento y de una falsa política, pudo más que toda la fuerza de la justicia y de la verdad. Juzgó indecoroso faltar á su palabra, ó por decirlo mejor, le faltó ánimo para disgustar al objeto idolatrado, y mandando degollar á nuestro Santo, presentó la cabeza en un plato á la infame saltatriz; hecho el más indigno que conoció el mundo, y merecedor de los anatemas del cielo y de la tierra. En efecto: la animosa entereza del Bautista ha sido glorificada por los siglos como execrada ha sido la infame conducta de Herodías; y el castigo no se hizo esperar mucho, pues caídos en desgracia Herodes Antipas y su cómplice fueron desterrados á León de Francia, donde hallaron miserable muerte.

Los primeros cimientos de Makherus atribúyense á Alejandro Janneo, y en la época de las guerras de Pompeyo contaba con un fuerte castillo que fué entonces destruido; reconstruyóle Herodes el Grande, y además de edificar para sí un palacio fundó allí una ciudad, que sirvió de refugio á gran número de fugitivos de Jerusalén al ocurrir la ruina de la capital; apoderóse de ella Lucilio Basso y la guarnición fué pasada á cuchillo. Hoy aquel sitio es conocido por el nombre de Meaur.

En dirección al Norte por áspero y montuoso terreno llégase á la

ladera de una hondanada de vegetación espléndida, donde reaparecen bosquecillos de palmeras; es el valle de Zerca-Main inmediato á Callirrohoe. Los árabes atribuyen á un familiar del rey Salomón el descubrimiento de los varios manantiales más ó menos calizos y calientes que allí brotan, y no pocos apelan aún en el día á su virtud curativa. La historia nos dice que Herodes el Grande, poco antes de morir, buscó en aquellas aguas un remedio para un cuerpo que se deshacía en pobredumbre.

No muy lejos de Callirrohoe el viajero á quien no asustan los caminos de aspereza horrible, ni las balas de los beduinos, puede visitar las ruinas de Ma-in, la antigua Baal-Meón de los moabitas, la cual fué adjudicada á la tribu de Rubén. Dicese que fué patria de Eliseo.

Desde aquí, superando la fatiga del viaje y con la idea de visitar nuevas huellas del pueblo de Dios, lleguemos hasta la ciudad de Kerak, la antigua Kir-Moab capital de los moabitas, pueblo belicoso, y cuya frontera por medio de un rodeo procuraron los israelitas dejar á un lado al dirigirse á Canaán. En tiempo de los Jueces Moab hizo tributarios á los israelitas; Saul y David invadieron aquel territorio, que á su vez, después de Salomón, hubo de pagar tributo al reino de Israel. Muerto que fué Acab, Meca se rebeló contra tal humillación, y después de cruda guerra los israelitas debieron emprender la retirada. En los tiempos sucesivos el territorio de Moab se presenta unas veces como subyugado, como independiente otras, hasta que en el siglo segundo desaparece de la escena de la historia.

Kerak con sus arrabales cuenta en la actualidad con una población de unos 6.000 musulmanes. Son considerables la muralla en el lado septentrional, por su antigüedad, y el castillo, por presentar un ejemplar interesante de lo que fué una gran fortaleza en la época de las Cruzadas. Su actual mezquita era antes iglesia latina, y los musulmanes han respetado solamente un cáliz esculpido de los varios símbolos cristianos que ornaban su ojival portada. Está dedicada á San Jorge.

Volvamos al interior de la Judea, aprovechando á dos kilómetros de la fuente de Eliseo, el camino que nos abre el Uadi-el-Kel.

Hacia la izquierda puede verse el valle de Emek-Berakhah, *el valle de Bendición*, donde Josefát y su pueblo bendijeron al Señor por haberlos librado de los ammonitas, de moabitas y de los habitantes de Seir, haciendo que estos implacables enemigos suyos, volviendo luego las armas contra sí mismos.

Formando contraste con Acab, reinaba en Jerusalén Josefát. Así, mientras éste, bajo la protección divina, construía fortalezas, establecía

compañías de soldados, ponía guarniciones en las ciudades fortificadas de su reino y en las plazas que su padre había tomado á Efraim, y á la cabeza de un millón de combatientes hacia respetar el poder de Judá; mientras el Señor estuvo con Josafat, porque seguía los pasos primeros de David, y no ponía su confianza en los ídolos, sino en el Dios de su padre, siguiendo el camino de sus mandamientos y apartándose de los pecados de Israel; mientras con esto le aseguraba el Señor en la posesión del reino, y todo Judá ofrecía presentes á Josafat; de suerte que vino á tener inmensas riquezas, y mucha gloria; mientras que aun los mismos filisteos pagaban tributo y los árabes llevaban al rey de Jerusalén rebaños de machos cabríos y de ovejas, el rey de Israel proscribía los profetas y los hombres de Dios.

Mas he aquí que al cabo de algunos años que reinaba Josafat, rey de Judá, viene á Israel cuando su rey proyectaba una expedición á Ben-Hadad, que se había negado á cederle la ciudad de Ramot en Galacia. Preguntado por Acab si quería hacer alianza con él, Josafat respondió: «Tú y yo somos una misma cosa; y una misma cosa tu pueblo y el mío; y así iremos contigo á la guerra.» Añadió Josafat al rey de Israel: «Ruégote que consultes en este lance, qué es lo que dice el Señor.» Hizole así Acab, juntando cuatrocientos profetas.

A despecho del falso profeta Sedecias, que se hizo unas astas de hierro, diciendo que con ellas el ejército hebreo derrotaría á la Siria, hasta hacerla añicos, anuncia Miqueas que Israel quedaría sin pastor. La cólera y las amenazas contra Miqueas no sirvieron de nada, igualmente que la astucia contra los designios de Dios. Dijo el Señor por boca de este profeta: «¿Quién engañará á Acab rey de Israel á fin de que salga á campaña y perezca en Ramoth de Galaad.» Sin embargo el rey de Israel y Josafat, rey de Judá, marcharon contra Ramoth de Galaad. Y Acab, vestido de soldado fué muerto en la lucha por una flecha arrojada al ocaso, cumpliéndose lo que Miqueas le había profetizado: «He visto á todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor, y ha dicho el Señor: Estos no tienen quien los mande: que se vuelva cada uno en paz á su casa.»

Josafat fué derrotado por haberse unido á un príncipe impío; sin embargo, continuó siendo aliado de Jordán y Ocozías. Por lo demás, visitó el país desde Bersabée á Efraim, estableció á la puerta de las ciudades jueces de la ley, y por último constituyó un consejo supremo para los asuntos religiosos, presidido por el gran sacerdote, y otro para los asuntos civiles, presidido por el príncipe de la tribu real. Todos los negocios así civiles, como religiosos, se juzgaban conforme la ley de

Dios, interpretado por los levitas y los sacerdotes. En la ciencia era esto consejo igual de los ancianos y senadores establecidos por Moisés. Su autoridad debió sufrir algo en los reinados precedentes, y he aquí porque Josafat le dió como una nueva organización. Después de la cautividad de Babilonia, se le dió el nombre de Synedrion ó Sanedrín. Si las naves que enviaba á Ofir y á Tarsis son derrotadas en Asiongaber con las de Israel, él en desagravio derrota, de la manera que vamos á referir, á los moabitas, ammonitas y sirios, quienes se habian coaligado en Eugaddi para hacerle la guerra. He aquí como nos le trasmite la historia.

Llegaron unos mensajeros á visitar á Josafat, diciendo: «Viene contra tí una gran muchedumbre de gente de los países de la otra parte del Mar Muerto y de la Siria, y ahora están en Eugaddi.» Atemorizado Josafat con esto, dedicóse á suplicar al Señor, y sugetóse á un ayuno. Juntóse todo el pueblo; y puesto Judá en medio del concurso de Judá y de Jerusalén en el templo del Señor delante del atrio nuevo, exclamó: «Señor Dios de nuestros padres, tú eres el Dios del cielo y el dueño de todos los reinos: en tus manos están la fortaleza y el poder, y nadie puede resistirte. ¿No es verdad, oh Dios nuestro que acabaste con todos los moradores de esta tierra delante de Israel tu pueblo, y se la diste para siempre á los descendientes de tu amigo Abraham? Y éstos la han habitado y erigido en ella un santuario á tu nombre, diciendo: «Si descargare males sobre nosotros, la espada vengadora, ó peste ó hambre, nos presentaremos en tu acatamiento dentro de esta Casa en que ha sido invocado tu nombre, y clamaremos á tí en nuestras tribulaciones, y tú nos oirás y nos salvarás. Pues he aquí que ahora los hijos de Ammón y los de Moab y los de la montaña de Seir hacen todo esfuerzo para arrojarnos del país, cuya posesión nos diste. ¿Y no castigarás tú estas gentes? Sus fuerzas superan á las nuestras y á tí volvemos ¡oh Dios nuestro! nuestros ojos.» Entre los niños, mujeres é hijos de Judá hallábase Jahaciel, hijo de Zacarías, hijo de Bonamás, hijo de Jehiel, hijo de Mathamás Levita, de la familia de Asaph, y entró en el espíritu del Señor, y dijo: «Oh pueblo de Judá, y vosotros habitantes de Jerusalén y tú, oh rey Josafat, oid lo que os dice el Señor: «No tenéis que temer ni acobardaros á vista de esta muchedumbre, porque el combate no está á cargo vuestro, sino de Dios. Mañana marcharéis contra ellos y los encontraréis en la extremidad del torrente que corre hacia el desierto de Jeruel. No tendréis que pelear; manteneos solamente á pie firme con confianza y veréis, oh habitantes de Judá y de Jerusalén, el socorro del Señor sobre vosotros.» Oído esto, Josafat, el pueblo de Judá